

RENOVACIO
DE L
CONSAGRAD
VID.

**Eduardo
Pironio**

COLECCION

COMUNIDAD Y MISION

para los Religiosos
e Institutos Seculares
de América Latina

Card. EDUARDO F. PIRONIO

Prefecto de la S. C. para Los Religiosos
e Institutos Seculares

RENOVACION DE LA VIDA CONSAGRADA

*Los "Religiosos" Testigos de la
esperanza y de la alegría pascual*

EDICIONES PAULINAS

INDICE

Presentación	7
--------------	---

PRIMERA PARTE

TESTIGOS DE LA ESPERANZA	13
I. "Dispuestos a dar la razón de la esperanza"	18
II. "Cristo Jesús nuestra esperanza"	22
III. Pobreza y esperanza	27
IV. Esperanza y contemplación	30
V. Fortaleza y esperanza	34
Conclusión	40

SEGUNDA PARTE

TESTIGOS Y COMUNICADORES DE CRISTO RESUCITADO	43
Comunicadores de la alegría pascual	45
Testigos de Cristo muerto y resucitado	46
Discípulos fieles de un Dios fiel	47
Profetas que anuncian la esperanza	49
Seguridad de la presencia de Cristo	52
Búsqueda continua, sufrida y laboriosa	53

TERCERA PARTE

MARIA "SIGNO" DE LA PASCUA, MODELO DE LOS CONSAGRADOS	55
1. Plenitud del Si y del "Magnificat"	58
2. Imagen de la creación nueva	59
3. Signo de esperanza cierta	61

Presentación

Eduardo F. Cardenal Pironio es uno de esos hombres de Iglesia cuya sola mención agrada. Particularmente a los religiosos. Y es que, con no haber profesado en ningún instituto religioso, dado que pertenece al clero secular, ha asumido su compromiso eclesial con un espíritu tan certero que, lejos de permitirle considerarse como un funcionario más de oficina, se ha hecho un verdadero religioso entre los religiosos, compartiendo con ellos lo más íntimo de su espiritualidad y lo más ardiente de su apostolado.

No conocemos un caso en el que la elección para presidir un dicasterio romano haya producido tanto agrado como la de Pironio a los religiosos. No ha habido publicación importante de la especialidad que no se haya hecho eco del entusiasmo con que fue acogido su nombramiento como Prefecto de la Congregación para Religiosos e Institutos Seculares. Y al tratarse del primer latinoamericano que llega a tan alta posición, nos complacemos del regalo que Latinoamérica ha dado a la Iglesia Universal.

Por lo demás, la ficha biográfica de Monseñor Pironio es estelar:

— Nacido el 3 de diciembre de 1920 en la ciudad de Nueve de Julio, Argentina.

— Sacerdote el 5 de diciembre de 1943.

— Obispo auxiliar de Plata en 1964.

— Administrador Apostólico de la Diócesis de Avellaneda.

— Perito en la última etapa del Concilio Vaticano II.

— Miembro de las cuatro Asambleas del Sínodo de los Obispos.

— Secretario del CELAM desde agosto de 1968, y Presidente desde 1972.

— Obispo de Mar de Plata desde abril de 1972.

— Miembro de la Congregación para la Doctrina de la Fe y de la Pontificia Comisión para América Latina.

— Predicador de una Cuaresma a la Curia Romana y al Sumo Pontífice.

— Cardenal de la Santa Iglesia desde el 24 de mayo de 1976.

— Prefecto de la Congregación de Religiosos e Institutos Seculares.

Pero sobre todo, Eduardo Pironio ha sido y sigue siendo un hombre muy amado por todos los religiosos por su sencillez, su profundidad espiritual, su calidad de Pastor y de hermano en Cristo.

Medita, predica, escribe

Hombre de gran riqueza espiritual, se siente obligado a meditar profundamente cuanto vive el cristiano de hoy en el nuevo contexto del mundo. Hijo de un continente joven y lleno de esperanzas y temores, participante como pocos de las grandes inquietudes que tuvieron su caja de resonancia en el Vaticano II y produjeron ese formidable documento que es "Gaudium et Spes", coparticipe de las inquietudes auténticamente liberadoras de Latinoamérica, posee un acervo inmejorable de argumentos para fermentar la meditación a la luz del Evangelio. De ello predica, de ello escribe. Por eso no puede aguantarse una vida de escritorio como le sería más fácil; por eso desde que **asumió sus primeras tareas pastorales** las recibió como debía ser, y aun su oficio organizativo en el CELAM siempre tuvo la característica edificante del Pastor que comparte la labor con sus hermanos: por eso no le inquietó volver a su grey de Mar de Plata, pues desde la oficina del dicasterio latinoamericano vivía activamente la pastoral que otros descuidan un poco o mucho por los cuidados de la burocracia, por muy santa que ella sea.

Siendo así Monseñor Pironio, entendemos perfectamente el sentido de la profecía que le hizo el Papa Paulo VI, y que el mismo Cardenal refiere en Osservatore Romano del 25 de julio de 1976: "En mi primera visita al Santo Padre, luego de mi nombramiento, me dijo textualmente: Sé que está sufriendo mucho; y sufre por dos motivos: por lo que tuvo que dejar y por la cruz que he puesto sobre sus hombros.

Sí, es pesada; pero la llevaremos juntos. Además, le toca un campo privilegiado en la Iglesia; la vida consagrada. Más aún, me atrevo a hacerle una profecía: dentro de poco, usted se sentirá inmensamente feliz. Y lo soy de veras. Soy feliz porque le he dicho al Señor que sí, con toda el alma. Soy feliz porque me toca colaborar muy de cerca con el Santo Padre. Pero soy particularmente feliz porque mi servicio en la Iglesia se concreta ahora en la animación profunda de la vida consagrada... sobre todo en este momento providencial de la Iglesia y del mundo".

Lo mejor del caso es que esa felicidad del Cardenal Pironio tan profundamente motivada se contagia a los religiosos que ven en él, al lado de Paulo VI, una garantía de esa Iglesia nueva, vital, llena de esperanzas. ¡Qué buen regalo ha hecho Latinoamérica a Paulo VI y que buen regalo ha hecho Paulo VI a los religiosos de todo el mundo!

Muchos escritos

La pluma de Pironio es muy ágil. El contenido de sus escritos es siempre de teología y espiritualidad, cosas muy vividas por él, lo cual hace que leamos a gusto lo que se ha vivido antes de escribirse. Hasta su español se nos hace agradable, cosa que no ocurre muy frecuentemente con escritores argentinos modernos. Cristo, la Fe, la Esperanza, la Pascua, María, la Liberación, la Alegría, son temas que no por repetidos en sus numerosos escritos dejan de ser atractivos. Sobre todo porque los expresa conforme los siente y vive, y conforme desea que los sientan y vivan los religiosos del mundo actual.

Las tres meditaciones que vienen en seguida, son típicas en su contenido y estilo, del pensamiento pironiano (que se nos permita acuñar este adjetivo mientras la historia se encarga de sustantivarlo). En ellas habla como en ninguna otra oportunidad el corazón de Monseñor Pironio.

La "Meditación para tiempos difíciles" contiene un verdadero regodeo espiritual sobre la esperanza cristiana. Esa esperanza que conoce y experimenta el hombre que sabe de dificultades, no de esas que se crean porque sí y espera que desaparezcan también

porque sí, sino las que produce el nadar contra la corriente, el dar testimonio vivo y profético en un ambiente despreocupado u hostil, como tiene que hacerlo el religioso en la sociedad descristianizada. Esa esperanza que tiene como fundamento a Cristo Jesús y por eso es tan firme que se la puede llamar "esperanza feliz" (cf. 1 Tm. 1, 1). Esa esperanza que es virtud propia del pobre, disponible al Espíritu, puesto que a los que tienen alma de pobres pertenece el reino de los cielos (cf. Mt 5, 5). Esa esperanza que, al suponer y provocar un gran equilibrio interior, hace más factible la contemplación y más fácil, por la docilidad que da el Espíritu, descubrir permanentemente a Jesucristo "nuestra feliz esperanza". Esa esperanza, en fin, que, al asegurarnos la amistad prometida y cumplida por el Señor, nos hace fuertes en la lucha de los tiempos difíciles y alegres en el seguimiento de Cristo, así como los primeros Apóstoles que iban "alegres por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre de Jesús" (Hch 5, 41).

La segunda meditación, sobre los religiosos como testigos y comunicadores de Cristo Resucitado, tiene un "añejísimo" sabor de actualidad —si vale la paradoja— añejo, porque nos evoca el primerísimo testimonio que daban los Apóstoles, con Pedro y Pablo a la cabeza, el de Cristo resucitado por quienes llevaron cadenas. Y actual, porque ahora más que nunca, al cabo de veinte siglos de historia de la Iglesia y del cristianismo, con todas las luchas, quebrantos, aventuras y triunfos que ello ha comportado, se necesita vivir el testimonio alegre, no solamente de imitación y seguimiento de un Cristo histórico con la cruz y hasta la muerte, sino también —y sobre todo— un testimonio pascual de Cristo vivo, resucitado, presente y garante de nuestras luchas, "testigo fiel", que da seguridad a nuestra esperanza y anima a trabajar denodadamente por una genuina renovación de la vida consagrada.

La tercera meditación, sobre la Asunción de María, o María, "signo de la Pascua, modelo de los consagrados", evoca uno de los temas favoritos y más sentidos de Monseñor Pironio. El mismo que tiene aquella bonita plegaria a "Nuestra Señora de América" nos presenta ahora la consideración reflexiva y contemplativa de la Virgen que, en su Asunción, realiza la Pascua

que Cristo consume en su Resurrección. La plenitud de ese "Si" de la Anunciación que manifestó desde el principio de la Encarnación que "la vida no se nos dio para guardarla" sino para gloria del Padre y servicio de los hermanos, se realiza en la plenitud de vida que recibe en la Pascua de su Asunción, cuando al mismo tiempo "vuelve a dar su vida" para gloria del Padre y bien de toda la Iglesia, cuya Madre será por siempre. En esta breve meditación nos invita el Cardenal Pironio a fijar nuestra atención en esa imagen de la nueva creación que, preservada sin mancha desde su Concepción, con el "Si" de la Anunciación y su motivación en el Magnificat, "da comienzo a los tiempos últimos y definitivos": es decir, a fijarnos en los tres momentos privilegiados de la historia de María: su Concepción, la Anunciación y la Asunción, y tratar de plasmar en estos tres momentos paradigmáticos la vida consagrada, que "es también un signo de nueva creación", y por lo mismo "un signo de esperanza cierta", cuyo ejemplar es la Asunción de María.

Vienen con excelente oportunidad estas tres meditaciones tan espirituales, tan densas en contenido bíblico y eclesial, alrededor de la vida religiosa, ahora cuando tanto se la está desparramando en horizontalidad hacia afuera: cuando se propone al religioso como persona de acción social más que como testigo de Cristo resucitado y de María disponible a la acción divina; más como profeta denunciador y anunciador que como profeta que forja su vida y testimonio en la intimidad y el desierto —que tanto lo uno como lo otro son necesarios—; más como actuante en la realidad presente que como signo de los bienes futuros; más como hombre de mundo que como hombre de Dios.

En estos tiempos nuestros, concluiríamos con el mismo Pironio, de excesiva euforia por los bienes temporales o de trágico cansancio y pesimismo ante los problemas de los hombres, cuánta falta nos hace la esperanza. Y qué bien nos hace pensar en el misterio de la Asunción de María —Pascua de Nuestra Señora— como "signo de esperanza".

Que estas meditaciones nos ayuden a comprender lo importante en la vida que es "ser signo".

G. V. T.

PRIMERA PARTE

TESTIGOS DE LA ESPERANZA

Meditaciones para tiempos difíciles

"Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten sus cabezas porque está por llegarles la liberación" (Lc 21, 28).

"Les digo esto para que encuentren la paz en mí. En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan ánimo: yo he vencido al mundo" (Jn 16, 33).

Cuando pasan ciertas cosas, en la Iglesia y en el mundo, es lógico que nos preocupemos y suframos. Al menos nosotros no las habíamos vivido así tan agudamente y nos parece absurdo que sucedan después de 20 siglos de cristianismo. Pareciera incluso que la misma vida de los cristianos fuera perdiendo su eficacia evangélica y dejara de ser "sal de la tierra y luz del mundo" (Mt 5, 13-16).

Los hombres se matan entre hermanos. Abundan los secuestros y las muertes, los odios, la persecución y la violencia. Todo esto engendra miedo y desconfianza, angustia, tristeza y pesimismo. ¿Por qué suceden estas cosas? ¿No habrá alguien que pueda arrancarnos de la tentación de la violencia y de la paralizante sensación del miedo?

En el interior mismo de la Iglesia —prototipo hasta ahora de lo sagrado e intangible, de lo único y verdaderamente sólido y estable —se introduce la contestación y la crítica, la desunión entre los cristianos, el riesgo del secularismo y la politización del Evangelio, la desorientación de muchos, la pérdida de la propia identidad en la vida consagrada, el peligro de quebrar la unidad en la doctrina y la disciplina. ¡Y todo a nombre de Jesucristo y por fidelidad a su Evangelio!

Mientras otros, con lamentable superficialidad, acusan a la Iglesia de haberse desviado de su esencial misión evangelizadora. Sin comprender que la Iglesia, en la línea de Cristo, el enviado del Padre, ha sido consagrada por el Espíritu para anunciar la Buena Nueva a los pobres, la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos (Lc 4, 18). La Iglesia debe anunciar explícitamente a Jesucristo el Salvador y la llegada de su Reino, llamar a los hombres a la conversión y la fe, transformar al hombre y la humanidad entera (Evan-

gelii nuntiandi, 18). Pero la evangelización "no sería completa si no se tuviese en cuenta la íntima conexión entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre (ib., 29).

Indudablemente vivimos tiempos difíciles. Es inútil lamentarlo. Más inútil todavía, y más desastroso, querer ignorarlo como si todo marchara bien, o dejarse definitivamente aplastar como si nada pudiera superarse.

Cuando en el interior de todo esto —lo sabemos infaliblemente por la fe— está Dios conduciendo la historia, está Cristo presidiendo su Iglesia, está el Espíritu Santo engendrando en el dolor los tiempos nuevos para la creación definitiva. Aunque cueste creerlo, es irreversiblemente cierto —tanto en lo personal como en la vida de nuestras comunidades— que "el que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente, y todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con El por intermedio de Cristo" (2 Cor 5, 17-18).

Por eso hace falta meditar otra vez sobre la esperanza. Pero muy sencillamente. Sin hacer ahora un análisis demasiado técnico de la Palabra de Dios, ni pretender estudiar a fondo —histórica y sociológicamente— la raíz de los males. Esto lo harán otros con mayor competencia; es necesario que lo hagan.

Yo quiero simplemente ofrecer algunas reflexiones, partiendo del dolor actual, a la luz de la Palabra de Dios. Es decir, empezar una meditación sencilla que ayude, por una parte a asumir la realidad actual, dolorosa y lacerante, y por otra a descubrir aquí la providencia del Padre, el paso del Señor por la historia y la actividad incesantemente renovadora del Espíritu Santo.

Por eso no se hace aquí un estudio exhaustivo sobre la situación actual ni se analizan todos los textos de la Escritura Sagrada. Es sólo una meditación en voz alta —que ayude a todos a quitarnos un miedo que paraliza y a dejarnos invadir por el Espíritu de la fortaleza que nos hace testigos y mártires— sobre la esperanza cristiana para los tiempos difíciles.

En definitiva es esto: ver cómo los tiempos difíciles pertenecen al designio del Padre y son esencial-

mente tiempos de gracia y salvación. Ver, además, cómo vivió Jesús los tiempos difíciles —esenciales a su misión redentora— y cómo los superó por el misterio de la Pascua. La Carta Magna de Jesús para vencer los tiempos difíciles es el Sermón de la Montaña. El momento cumbre es su muerte en la cruz y su resurrección. Su exhortación principal es el llamado al amor universal, al espíritu de las bienaventuranzas y a la fecundidad de la cruz. Así Jesús nos abre el camino para vivir con amor y gratitud los tiempos difíciles, y convertirlos en providenciales tiempos de esperanza.

Como se trata de una meditación, yo quisiera terminar esta introducción con tres textos claros y simples: del Profeta, del Apóstol, de Cristo.

Isaías —Profeta de la esperanza— nos dice en nombre del Señor: "Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes. Decid a los de corazón intranquilo: ánimo, no temáis, mirad que vuestro Dios vendrá y os salvará" (Is 35, 3-4).

En los Hechos leemos esta frase dicha por el Señor a San Pablo, el Apóstol de la esperanza: Una noche, el Señor dijo a Pablo en una visión: "No temas: sigue predicando y no te calles. Yo estoy contigo. Nadie pondrá la mano sobre ti para dañarte" (Act 18, 9-10).

Finalmente Cristo —"nuestra feliz esperanza" (Tt 2, 13)— nos recomienda serenidad y fortaleza para los inevitables y providenciales tiempos difíciles: "¿por qué tienen miedo? ¿Cómo no tienen fe? (Mc 4, 40). "Animo, soy Yo; no tengan miedo" (Mc 6, 50).

¡Qué necesario, para los tiempos difíciles, es tener seguridad de que Jesús es el Señor de la historia que permanece en su Iglesia hasta el final y que va haciendo con nosotros la ruta hacia el Padre! ¡Qué importante es recordar que precisamente para los tiempos difíciles Dios ha comprometido su presencia! "Vayan, anuncien el Evangelio a toda la creación. Yo estaré siempre con ustedes hasta el final del mundo" (Mc 16, 15; Mt 28, 20). "Serán odiados por todos a causa de mi Nombre. Pero ni siquiera un cabello se les caerá de la cabeza" (Lc 21, 12-18).

I. "Dispuestos a dar razón de la esperanza"

(1 Pe 3, 15)

"El pueblo que andaba a oscuras vió una luz intensa. Sobre los que vivían en la tierra de sombras, brilló una luz. Acrecentaste el gozo, hiciste grande la alegría" (Is 9, 1-2).

En la Nochebuena la liturgia nos invita así a la alegría y la esperanza. Así describe Isaías, en la oscuridad dolorosa de los tiempos difíciles, la venida de Cristo que es la Luz, la Paz, la Alianza. "Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado... Se llamará 'Príncipe de la paz'" (Is 9, 5).

Jesucristo vino para anunciarnos la paz: "Porque Cristo es nuestra Paz... El vino a proclamar la Buena Noticia de la paz, paz para ustedes que estaban lejos, paz también para aquellos que estaban cerca" (Ef 2, 14-18). Vino sobre todo, para traernos la paz como fruto de su Pascua: "les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo. No se turbe su corazón ni tengan miedo" (Jn 14, 27). La paz que nos trae Cristo es siempre fruto de una cruz. Cristo "pacífica por la sangre de su cruz" (Col 1, 20).

Todo el Evangelio es una invitación a la serenidad interior, a la concordia ordenada de los pueblos, a la alegría de la caridad fraterna. "Lo que yo les mando es que se amen unos a otros" (Jn 15, 17).

Pero el Señor siempre anunció tiempos difíciles: para El y para nosotros. Nunca predijo a sus discípulos tiempos fáciles o cómodos. Al contrario, les exigió una opción muy clara por la pobreza, el amor fraterno y la cruz. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lc 9, 23). Al escriba que se sintió superficialmente tentado a seguirle, Jesús le respondió: "Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde apoyar la cabeza" (Mt 8, 19-20).

Jesús es "signo de contradicción" (Lc 2, 34). El cristiano sigue su camino: "no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que lo envía" (Jn 13, 10). Por eso, la pasión del Señor tenemos necesariamente que vivirla todos nosotros y asumir con serenidad y gozo las exigencias de nuestra entrega: "Si el mundo los odia, sepan que antes me ha odiado a mí... Acuérdense de lo que les dije: el servidor no es más grande que su Señor. Si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes" (Jn 15, 18-20).

Todo esto, sin embargo, queda iluminado con una nota de esperanza realista: "Les aseguro que van a llorar y se van a lamentar; el mundo, en cambio, se alegrará. Ustedes estarán tristes, pero esa tristeza se convertirá en gozo" (Jn 16, 20).

Siempre fue útil y necesario que hubiera hombres pobres y fuertes —con capacidad de presentir en la noche la proximidad de la aurora, porque viven abiertos a la comunicación de la Luz— que transmitieran a sus hermanos la seguridad de la presencia del Señor y de su inmediata venida: "Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20). "Sí, voy a llegar enseguida" (Ap 22, 20).

Pero hoy hacen falta más que nunca profetas de esperanza. Verdaderos profetas —hombres enteramente poseídos por el Espíritu Santo— de una esperanza verdadera. Es decir, hombres desinstalados y contemplativos que saben vivir en la pobreza, la fortaleza y el amor del Espíritu Santo, y que por eso se convierten en serenos y ardientes testigos de la Pascua. Que nos hablan abiertamente del Padre, nos muestran a Jesús y nos comunican el don de su Espíritu. Hombres que saben saborear la cruz como San Pablo (Gál 6, 14; Col 1, 24), y por eso se arriesgan a predicar a sus hermanos que la única fuerza y sabiduría de Dios está en Cristo crucificado (1 Cor 1, 23-24). La sabiduría y potencia de los hombres no cuentan: sólo cuenta la fecundidad de la cruz. Todo lo demás es necedad y fracaso en lo definitivo de Dios. Cristo se ha hecho para nosotros "sabiduría y justicia, santificación y redención" (1 Cor 1, 30).

Quando todo parece que se quiebra —en el interior de la Iglesia o en el corazón de la historia—, surgen para el mundo la alegría y la esperanza. La esperanza

cristiana nace de lo inevitable y providencialmente absurdo de la cruz. "Era necesario pasar todas estas cosas para entrar en la gloria" (Lc 24, 26).

Pero la esperanza cristiana es activa y exige paciencia y fortaleza. Sólo los pobres —los desposeídos y desnudos, los desprovistos según el mundo, pero totalmente asegurados en el Dios que no falla— pueden esperar de veras.

Los tiempos nuestros, en la Iglesia y en el mundo son muy difíciles. Por eso mismo son bien evangélicos. Significa "que el reino de Dios está cerca" (Lc 21, 31). Es ahora cuando el cristiano verdadero está llamado "a dar razón de su esperanza" (1 Pe 3, 15); es decir, a penetrar por la fe y el Espíritu Santo en el escándalo de la cruz y sacar de allí la certeza inmovible de la Pascua para comunicarla a otros.

En los tiempos difíciles abunda el miedo, la tristeza, el desaliento. Entonces se multiplica la violencia. La violencia es signo del oscurecimiento de la verdad, del olvido de la justicia, de la pérdida del amor. Los períodos en que se multiplica la violencia son los más miserables y estériles. Revela claramente que falta la fuerza del espíritu; por eso se la intenta sustituir con la imposición absurda de la fuerza.

Hoy vivimos tiempos de desencuentro y de violencia. Tiempos, sobre todo, en que cada uno se siente con derecho a hacer justicia por su propia cuenta, porque cree que es el único que posee la verdad absoluta, que es enteramente fiel al Evangelio y el único que lucha por los derechos humanos.

Precisamente es éste, en los tiempos difíciles, uno de los más graves riesgos: creer que uno ha alcanzado ya definitivamente a Cristo. Lo cual es una negación de la esperanza, en la psicología y espiritualidad de San Pablo: "Esto no quiere decir que haya alcanzado la meta ni logrado la perfección, pero sigo mi camino con la esperanza de alcanzarla, habiendo sido yo mismo alcanzado por Jesucristo. Hermanos, yo no pretendo haberlo alcanzado... corro para alcanzarlo" (Flp 3, 12-14).

Otra dificultad sería, para los tiempos difíciles, es la conciencia derrotista de que es imposible superarlos. Es la pérdida fundamental de la esperanza. La tiene el

político y el religioso, el hombre maduro y el adolescente, el joven obrero y el universitario. Santo Tomás define el objeto de la esperanza como un bien futuro, árduo pero posible de alcanzar (S. Th. 1, 2, 40, 1; 2, 2, 17, 1).

Por eso es más que nunca necesaria hoy una simple meditación sobre la esperanza. No con ánimo de consolar a los superficiales o adormecer su conciencia, sino con deseos de alentar a los audaces, particularmente a los jóvenes. Es a ellos, sobre todo, a quienes corresponde rescatar la tradición y construir el mundo nuevo de la esperanza. "Jóvenes, les escribo porque ustedes son fuertes y la Palabra de Dios permanece en ustedes, y ustedes vencieron al maligno" (1 Jn 2, 14).

Pienso, mientras escribo, en todos los cristianos: los que por la misericordia del Padre, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, han sido reengendrados a una esperanza viva (1 Pe 1, 3). Particularmente en aquellos que han sido providencialmente marcados por la cruz y son llamados a dar testimonio de Jesús en pobreza extrema, en persecución, en cárceles y muerte. Pienso de modo especial en los obispos y sacerdotes que, por definición, son los primarios testigos de la Pascua, (Act 1, 8) y, por consiguiente, los esenciales profetas de la esperanza. Pienso particularmente también en los religiosos y religiosas (en todas las almas consagradas) que por vocación específica anuncian el reino definitivo. Ellos son, por elección divina, serenos y luminosos profetas de esperanza.

No pienso exclusivamente en un país o continente determinado. Miro más ampliamente al mundo y a la Iglesia que sufren. Sufren el Papa y los obispos, los sacerdotes y los laicos, los religiosos jóvenes y los adultos, los pueblos hambrientos y agobiados, los estadistas y el hombre simple de la calle.

Son tiempos difíciles y humanamente absurdos. Pero hay que saber descubrir, saborear y vivir con intensidad la fecundidad providencial e irreplicable de esta hora. No es la hora de los débiles o cobardes —de los que han elegido a Cristo por seguridad de la salvación o por la recompensa del premio—, sino de los fuertes y audaces en el Espíritu. De los que han elegido al

Señor por el honor de su nombre, la alegría de su gloria y el servicio a los hermanos. Es la hora de los testigos y los mártires.

Que no nos asusten los sufrimientos; quedan iluminados en la esperanza de los tiempos nuevos: "pienso que los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura que se manifestará en nosotros" (Rom 8, 18).

Pero no se trata de vivir resignadamente en la espera ociosa de los tiempos nuevos, sino de irlos cotidianamente preparando en la caridad y la justicia. Tiempos de paz, cuya característica sea "la alegría del Espíritu Santo" (1 Tes 1, 6). El Dios de todo consuelo "nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios. Porque así como participamos abundantemente de los sufrimientos de Cristo, también por medio de Cristo abunda nuestro consuelo... Tenemos una esperanza bien fundada" (1 Cor 1, 3-7).

Para los tiempos difíciles hace falta la esperanza. Pero la esperanza firme y creadora de los cristianos que se apoya en "el amor del Padre, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor" (Rom 8, 39) y que exige en nosotros la pobreza, la contemplación y la fortaleza del Espíritu Santo.

San Pedro exhorta a los cristianos de su tiempo: "¿Quién puede hacerles daño si se dedican a practicar el bien? Felices ustedes, si tienen que sufrir por la justicia. No teman ni se inquieten: por el contrario, glorifiquen en sus corazones a Cristo, el Señor. Estén siempre dispuestos a defender delante de cualquiera que les pida razón de su esperanza" (1 Pe 3, 13-15).

II. "Cristo Jesús, nuestra esperanza"

(1 Tim 1, 1)

Una sencilla meditación sobre la esperanza tiene que empezar siendo una simple contemplación de Jesucristo "nuestra feliz esperanza" (Tit 2, 13). Sobre todo en su misterio pascual; es allí donde Jesús superó definitivamente los tiempos difíciles. Por eso ahora la

Iglesia vive apoyándose en la cruz y canta la seguridad de su esperanza: "Salve, oh cruz, nuestra única esperanza" (Himno de Vísperas en la Pasión). Porque la cruz nos lleva definitivamente a la resurrección: "Resucitó Cristo, mi esperanza" (Secuencia de Pascua).

Interesa, sobre todo, ver cómo Cristo venció los tiempos difíciles. Porque lo importante en El es que no vino a suprimir los tiempos difíciles, sino a enseñarnos a superarlos con serenidad, fortaleza y alegría. Como no vino a suprimir la cruz, sino a darle sentido.

Cristo nace en la plenitud de los tiempos difíciles. Allí está María. Viene para traernos la libertad y hacernos hijos del Padre en el Espíritu (Gál 4, 4-7). La plenitud de los tiempos, en el plan del Padre, está marcada por la plenitud de lo difícil: conciencia aguda del pecado, la opresión y la miseria, deseo y esperanza de la salvación. Es cuando nace Jesús.

Lo primero que nos revela Jesús —como camino para superar los tiempos difíciles— es el amor del Padre y el sentido de su venida: "Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por El" (Jn 3, 16-17).

Por eso, cuando nace Jesús, el Ángel anuncia la alegría y la esperanza: "No tengan miedo, porque les anuncio una gran alegría para ustedes y para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor" (Lc 2, 10-11).

Cristo vino para hablarnos abiertamente del Padre (Jn 16, 25), introducirnos en los misterios del reino (Mt 13, 11) e indicarnos el camino para la felicidad verdadera (Mt 5, 1-12). Las bienaventuranzas son ahora el único modo de cambiar el mundo y la manifestación más clara de que los tiempos difíciles pueden convertirse en tiempos de gracia: "Este es el tiempo favorable, este es el día de la salvación" (2 Cor 6, 2).

Cuando Jesús quiere enseñarnos a vivir en la esperanza y a superar así los tiempos difíciles siempre nos señala tres actitudes fundamentales: la oración, la cruz, la caridad fraterna. Son tres modos de entrar en comunión gozosa con el Padre. Por eso son tres modos de sentirnos fuertes en El y experimentar la alegría

de servir a nuestros hermanos. Pero, en definitiva, la actitud primera y esencial para vivir y superar los tiempos difíciles es la confianza en el amor del Padre: "El mismo Padre los ama" (Jn 16, 27).

El camino para los tiempos difíciles, en Jesús, no es el miedo, la insensibilidad o la violencia. Al contrario: es la alegría del amor ("amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores", Mt 5, 44), es el equilibrio y fortaleza de la oración ("recen para no caer en la tentación", Mt 26, 41), es la serenidad fecunda de la cruz ("si el grano de trigo muere, da mucho fruto", Jn 12, 24).

La historia marcaba la plenitud de los tiempos difíciles cuando nació Jesús. Su encarnación redentora fue la realización de la esperanza antigua y el principio de la esperanza nueva y definitiva. Desde que nació Jesús —sobre todo, desde que glorificado a la derecha del Padre envió sobre el mundo su Espíritu— vivimos nosotros el tiempo de la esperanza. Será definitivamente consumado cuando Jesús vuelva para entregar el reino al Padre (1 Cor 15, 25-28).

San Pablo lo resume admirablemente en un texto que leemos, muy significativamente, en la liturgia de Nochebuena: "Se manifestó la gracia de Dios, fuente de salvación para todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente, aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador Nuestro Señor Jesucristo el cual se entregó por nosotros" (Tt 2, 11-14).

Es decir, que la esperanza brilla para el mundo cuando Jesús nace y muere por los hombres. El camino y la seguridad de la esperanza son muy distintos en el plan de Dios y en los cálculos humanos. La esperanza, en el misterio de Cristo, empieza siendo humillación, anonadamiento y muerte; por eso el Padre lo glorificará y le dará un nombre superior a todo nombre (Flp 2, 7-9).

Cristo sintió miedo, tristeza y angustia, ante la eminencia de los tiempos difíciles. "Comenzó a entristecerse y a angustiarse" (Mt 26, 37). "Comenzó a sentir temor y a angustiarse" (Mc 14, 33). Es un temor, una angustia, una tristeza de muerte. Busca superar el

momento difícil en la intensidad serena de la oración como comunión gozosa con la voluntad del Padre: "En medio de la angustia, El oraba intensamente, y su sudor era como gotas de sangre que corrían hasta el suelo" (Lc 22, 39-44).

Pero el Señor siente la importancia, la fecundidad y el gozo de los tiempos difíciles: "Mi alma está turbada, ¿y qué diré? ¿Padre líbrame de esta hora? (Jn 12, 27). ¡Si para eso he llegado a esta hora!".

Lo cual no quiere decir que el Señor busque meterse inútilmente en lo difícil o anticipar por propia cuenta su hora. "Entonces tomaron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo" (Jn 8, 59). Esto no lo hizo para escapar a los tiempos difíciles y porque quisiera sacar el hombro a la cruz; lo hizo simplemente "porque todavía no había llegado su hora" (Jn 7, 30).

La misma generosidad y sabiduría ante la cruz aconsejará a sus discípulos. No les anticipa caminos fáciles. Les anuncia tiempos difíciles, pero recomienda prudencia evangélica: "Yo les envío como ovejas en medio de lobos; sean entonces astutos como serpientes y sencillos como palomas" (Mt 10, 16).

Hay momentos particularmente difíciles en la vida de Jesús, por ejemplo, el rechazo de los suyos: "Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron" (Jn 1, 11). Tal la división entre sus discípulos y el abandono de algunos de ellos porque les resultaba "duro su lenguaje". Debió ser este uno de los momentos más dolorosos en la vida del Señor: "Desde ese momento, muchos de sus discípulos se alejaron de El y dejaron de acompañarlo" (Jn 6, 66).

Pero indudablemente la hora difícil de Jesús es la hora de su pasión. Fue deseada ardientemente por El, anunciada tres veces a sus discípulos fuertemente temida, pero intensamente amada y asumida. "Ya ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre será glorificado. Les aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto" (Jn 12, 23-24).

Así nos enseña Jesús a superar los tiempos difíciles. Por su entrega incondicional al Padre en la cruz convierte la muerte en vida, la tristeza en alegría, la

servidumbre en libertad, las tinieblas en luz, la división en unidad, el pecado en gracia, la violencia en paz, la desesperación en esperanza.

Jesús no anula los tiempos difíciles. Tampoco los hace fáciles. Simplemente los convierte en gracia. Hace que en ellos se manifieste el Padre y nos invita a asumirlos en la esperanza que nace de la cruz.

Para entender cómo Jesús vivió y superó, por el misterio de la cruz pascual, los tiempos difíciles, hace falta meditar con sencillez y amor el famoso himno de San Pablo sobre la glorificación de Cristo por su anonadamiento de la encarnación, su obediencia hasta la muerte de cruz y su exaltación como Señor de todas las cosas (Flp 2, 6-11).

Este es el Cristo que vive hoy en la Iglesia. Por eso la Iglesia —sacramento de Cristo Pascual— es en el mundo de hoy el verdadero signo de esperanza. La hizo así el Señor cuando, desde el seno del Padre, envió el Espíritu Santo prometido que inhabita, vivifica y unifica a la Iglesia. Pentecostés, plenitud de Pascua, es la manifestación del señorío de Jesús y la seguridad de que la Iglesia, penetrada por el Espíritu, vencerá los tiempos difíciles.

La Iglesia prolonga en el tiempo la pasión de Cristo a fin de darle acabamiento (Col 1, 24). El Señor lo había predicho: "Llegará la hora en que los mismos que le den muerte creerán que tributan culto a Dios" (Jn 16, 2). Lo doloroso es esto en la Iglesia: cuando se enfrentan violentamente los hermanos, se persiguen, se encarcelan y se matan en nombre del Señor.

No es el momento de desesperar. Es el caso de recordar la frase del Señor: "En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan coraje: yo he vencido al mundo" (Jn 16, 33).

Los tiempos difíciles se vencen siempre con la plenitud del amor, la fecundidad de la cruz y la fuerza transformadora de las bienaventuranzas evangélicas.

III. Pobreza y esperanza

"Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el reino de los cielos" (Mt 5, 3).

Para afrontar los tiempos difíciles —para superarlos en la fecundidad y la fuerza transformadora de la esperanza— hace falta ser pobres.

Habíamos confiado excesivamente en la técnica, la ciencia y la fuerza de los hombres. Descubrimos al hombre y su historia, el tiempo y el mundo, pero nos olvidamos de Dios y perdimos la perspectiva de lo eterno. Nos hemos sentido demasiado seguros en nosotros mismos.

Por eso, la primera condición para esperar de veras es ser pobre. Sólo los pobres —que se sienten inseguros en sí mismos, sin derecho a nada, ni ambición de nada— saben esperar. Porque ponen sólo en Dios toda su confianza. Están contentos con lo que tienen.

Los verdaderos pobres no son nunca violentos, pero son los únicos que poseen el secreto de las transformaciones profundas. Tal vez esto parezca una ilusión. No lo es si nos ponemos en la perspectiva del plan del Padre, incomprensible para nosotros, y de la acción del Espíritu. No olvidemos que los frutos del Espíritu son amor, alegría, paz (Gál 5, 22).

Los tiempos difíciles se manifiestan cuando las cosas o los hombres nos aprisionan, limitan nuestra libertad, oscurecen el horizonte o nos impiden ser fieles al designio del Padre y a la realización de nuestra vocación divina. Los tiempos difíciles comenzaron cuando el demonio les hizo perder a los hombres la libertad con el pretexto de que iban a ser como dioses (Gén 3, 5). Por eso, el tiempo de la esperanza comienza cuando el Hijo de Dios se despoja de la manifestación de su gloria y se hace siervo, obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp 2, 8). El desposeimiento de Cristo —su anonadamiento y su muerte— nos abre los caminos de la riqueza y la libertad. "Siendo rico se hizo pobre por nosotros a fin de enriquecernos con su pobreza" (2 Cor 8, 9). Así Cristo nos libera del pe-

cado y de la muerte (Rm 8, 2). Vino para hacernos libres (Gál 5, 1), quitando por su muerte "el pecado del mundo" (Jn 1, 29).

Una manifestación clara de la falta de pobreza es la seguridad de sí mismo y el desprecio de los otros. "Te doy gracias, Señor, porque yo no soy como los demás hombres (Lc 18, 11). Es el mismo pecado de excesiva seguridad personal que, aun en medio de la sinceridad de su amor por el Maestro, le hace peligrar y caer a San Pedro: "Aunque todos se escandalicen de Ti, yo nunca me escandalizaré" (Mt 26, 33). En definitiva, el rico, el que se siente seguro de sí mismo, no necesita del Señor. Por eso nunca podrá creer de veras en Dios, cuya esencia es la bondad y la misericordia del perdón. Es interesante, por eso, la solemne confesión de fe de San Pablo: "Es cierta y digna de ser aceptada por todos la siguiente afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores: y el primero de ellos soy yo" (1 Tim 1, 15). Cuando uno se siente pobre y miserable, Dios se hace particularmente cercano e íntimo. La conciencia clara y serena de la propia limitación y miseria hace que entre en nosotros Jesucristo el Salvador. En María, la pobre, hizo maravillas el Todopoderoso, Aquel cuyo nombre es santo (Lc 1, 48-49). Por eso María, la humilde servidora del Señor, cambió la historia.

Es interesante comprobar que los tiempos se vuelven particularmente difíciles cuando cada uno cree tener la clave infalible para la solución de todos los problemas. Cuando, por ejemplo, en la Iglesia algunos creen que son los únicos pobres y que han entendido el Evangelio, que han descubierto el secreto para hacer más transparente y cercano a Jesucristo o que son los únicos verdaderamente comprometidos con la liberación del hombre, mientras otros sienten que son los únicos fieles a la riqueza de la tradición o se sienten maestros infalibles de sus hermanos. O también en la sociedad civil, cuando se piensa superficialmente que los otros no hicieron nada y que la única fórmula para transformar el mundo la posee uno. El fracaso sucesivo de los hombres —con la consiguiente desilusión para los jóvenes— tendría que ser un llamado a la pobreza. La pobreza no es sólo una virtud cristiana; es actitud necesaria y primerísima para los hombres grandes. Las tensiones se originan con frecuencia por el pretendido derecho a la exclusividad

de la verdad y de la santidad. La paz sólo se da entre corazones disponibles; y la disponibilidad supone la pobreza.

La esperanza cristiana se apoya en la omnipotencia y bondad de Dios. Para apoyarse en Dios hace falta ser pobre. La pobreza cristiana es total desposeimiento de sí mismo, de las cosas, de los hombres. Es hambre de Dios, necesidad de oración y humilde confianza en los hermanos. Por eso María, la pobre, confió tanto en el Señor y comprometió su fidelidad a la Palabra (Lc 1, 38). El canto de María es el grito de esperanza de los pobres.

Esta misma meditación sobre la esperanza para los tiempos difíciles tiene necesariamente que mantenerse en una línea de pobreza. Por eso es extremadamente simple. Si pretendiera ser técnica y agotar el tema o enseñar a otros o corregirlos, dejaría de ser una manifestación de Dios a los pobres. Dejaría de ser pobre. Sólo tiene que ser una sencilla comunicación de Dios para despertar las verdades profundas sembradas en el corazón del hombre y una preparación para recibir la Verdad completa, que es Cristo (Jn 16, 33).

La esperanza es una virtud fuerte, pero gozosa y serena. Hay aquí un parentesco con la pobreza. La pobreza real es fuerte, pero no agresiva; en algunas circunstancias es muy dolorosa, pero nunca deja de ser serena y alegre. El pobre espera al Señor más que el centinela la aurora (Sal 130, 5-6), y tiene fijos sus ojos en el Señor, como la esclava en manos de su señora (Sal 123, 2).

La pobreza y la esperanza hacen centrar nuestros deseos y seguridad en Jesucristo. La pobreza nos abre a Jesucristo nuestro Salvador. La esperanza nos hace tender hacia su encuentro. Nos hace pensar también en María, que sintetiza el "pequeño resto" de "los pobres" que en Israel esperaban la salvación. En María, la pobre, se cumplieron la plenitud de los tiempos. Por eso es la Madre de la Santa Esperanza.

IV. Esperanza y contemplación

"Sed alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración" (Rm 12, 12).

Únicamente sabe esperar bien el contemplativo. Porque la ilusión de lo inmediato puede hacernos perder la realidad de lo profundo y la presencia de lo definitivo. La esperanza es eso: la fruición anticipada de lo futuro. Como la eternidad será la fruición definitiva de lo esperado. Aquí también encontramos aplicadas las bienaventuranzas: sólo los limpios de corazón tienen capacidad para ver a Dios (Mt 5, 8).

La esperanza supone mucho equilibrio interior. En general nos angustiamos y desesperamos cuando no tenemos tiempo y tranquilidad para rezar. Los monjes no sólo nos pacifican porque son un signo de lo que ha de venir (de los bienes futuros que esperamos), sino porque nos introducen en lo invisible de Dios y nos hacen experimentar ahora su presencia. La experiencia de Dios en la oración nos inunda de "la alegría de la esperanza" (Rm 12, 12). Por eso es tremendo cuando un monje deja la contemplación atraído por la ilusión de transformar el mundo por una actividad inmediata. Su modo específico de cambiar el mundo —de construir la historia y de salvar al hombre, es según siendo profundamente contemplativo. Verdadero hombre de Dios y maestro de oración. Es decir, un auténtico vidente.

La contemplación, sin embargo, no es olvido de la historia ni evasión de la problemática del mundo. Sería un modo absurdo de complacerse en sí mismo dejando siempre en la penumbra al Señor. La contemplación verdadera es don del Espíritu Santo. Sólo se la consigue con limpieza de corazón y con hambre de pobres.

La contemplación nos hace descubrir el plan de Dios y el paso del Señor por la historia, la actividad incesantemente recreadora del Espíritu. Un verdadero contemplativo nos hace comprender tres cosas: que lo único que importa es Dios, que Jesús vive entre

los hombres y peregrina con nosotros hacia el Padre, que la eternidad está empezada y marchamos con Cristo hacia la consumación del reino (1 Cor 15, 24).

La contemplación nos descubre permanentemente a Jesucristo "nuestra esperanza" (1 Tim 1, 1). Nos hace presente al Señor en los momentos difíciles: "Soy yo, no tengan miedo" (Mc 6, 50). Nos abre a los hermanos: "Todo lo que a ellos hicieren, me lo hacen a mí" (Mt 25, 40).

Hay aspectos que interesan esencialmente a la esperanza y que son fácilmente captables por los contemplativos: la penetración en los bienes invisibles, la preguitación de los bienes eternos, la cercanía e inhabitación del Dios omnipotente y bueno, la valorización del tiempo y del hombre, la presencia de Jesucristo en la historia, el dinamismo de la creación hacia su definitiva recapitulación en Cristo (Rm 8, 18-25; Ef 1, 10), la actividad incesantemente recreadora del Espíritu Santo que habita en nosotros y que resucitará nuestros cuerpos mortales (Rom 8, 11), configurándonos al cuerpo de gloria de Nuestro Señor Jesucristo (Flp 3, 21). La esperanza es esencialmente un camino hacia el encuentro definitivo con el Señor (1 Tes 4, 17), apoyándonos en el Dios que nos ha sido dado en Jesucristo.

Pero hace falta vivir en comunión para esperar de veras; la caridad es, por eso, esencial a la esperanza cristiana (Santo Tomás, 2, 2, 17, 3). Hay veces, incluso, en que nos hace falta esperar con la esperanza de los amigos. Cuando el cansancio o el desaliento nos hacen desfallecer —como a Elías en el desierto— siempre hay alguien que nos grita en nombre del Señor: "Levántate y come, que aún te queda un largo camino" (1 Re 19, 7).

La contemplación es esa capacidad para descubrir enseguida la presencia del Señor en los amigos como instrumentos de Dios. Como los cansados discípulos de Emaús lo conocieron en la fracción del pan (Lc 24, 35).

Los tiempos difíciles tienen que ser penetrados, por eso desde la profundidad de la contemplación. Nos hace ver lejos y a lo hondo. También nos descubre las causas del mal: por qué suceden tales cosas. Sobre todo, nos hace descubrir a cada rato el plan salvífico

de Dios en medio de los desconcertantes y absurdos acontecimientos humanos. Por la contemplación nos aseguramos que lo imposible de los hombres se hace posible sólo en Dios.

Es importante comprender que los caminos de Dios son misteriosos y no coinciden con frecuencia con los caminos de los hombres. Si las cosas se vuelven difíciles es porque los hombres tuercen o cambian los caminos de Dios. Siempre me impresiona en los Hechos la actitud de Pablo: "se lo prohibió el Espíritu Santo" (Act 16, 7).

Pero, sobre todo, la contemplación nos pone a la escucha humilde y dócil de la Palabra de Dios: allí se nos comunica, siempre en el claroscuro de la fe, qué quiere Dios de nosotros, por qué suceden ciertas cosas, qué tenemos que hacer para cambiar la historia. María cambió la historia de esclavitud en historia de libertad con aquella libertad con que nos liberó Cristo: (Gál 5, 1), por su humilde disponibilidad de esclava del Señor.

La contemplación nos pone en contacto vivo con la Palabra de Dios; y allí saboreamos la historia de la salvación y aprendemos a gustar cómo Dios "ha visitado y redimido a su pueblo" (Lc 1, 68). En la contemplación de la Palabra de Dios entendemos en concreto cómo Dios puede separar las aguas para que pasen los elegidos (Ex 14, 21-23), y luego juntarlas para sepultar a los que los persiguen, cómo un pequeño pastor sin armadura puede derribar de un hondazo al gigante que amenaza al pueblo (1 Sam 17, 49). Comprendemos, sobre todo, cómo no hay momentos imposibles para Dios; que hay que saber aguardar con paciencia; y que la salvación nos viene de lo más humanamente inesperado ("¿de Nazaret puede salir algo bueno?", Jn 1, 46; cf. 1 Cor 1, 27-28).

Los contemplativos tienen una gran capacidad de recrear continuamente la Palabra de Dios por el Espíritu, haciéndola prodigiosamente actual. Para que no pensemos con pesimismo que "ya no hay remedio", que los tiempos nuestros son "los más oscuros y difíciles de la historia".

San Juan, el contemplativo, escribía en tiempos difíciles a los jóvenes de su tiempo: "Les escribo, jóvenes, porque son fuertes y la Palabra de Dios

permanece en ustedes y han vencido al maligno" (1 Jn 2, 14). ¿No será por eso que los jóvenes aman hoy más que nunca la contemplación y buscan el desierto y la fecundidad de la Palabra? ¿No será porque sienten en carne viva lo difícil de los tiempos que vivimos y que el único modo de superarlos es armarse de fortaleza en el Espíritu y dejar que la Palabra de Dios inhabite por la contemplación en sus corazones? Los tiempos difíciles son los tiempos aptos para la pobreza, la contemplación y fortaleza de los jóvenes. Por eso son los más aptos para su esperanza.

La contemplación nos ayuda a descifrar el misterio de la cruz, a superar su escándalo y su locura (1 Cor 1, 23); nos hace vencer el miedo y la desesperación, porque nos ayuda a gustar la alegría y la fecundidad de los sufrimientos (Gál 6, 14; Col 1, 24; Jn 12, 24). El miedo, la angustia y la tristeza, pueden coexistir transitoriamente con la contemplación. Coexistieron en la profundidad dolorosamente serena de la oración de Cristo en el Huerto (Lc 22, 39 ss). Pero todo se resuelve enseguida en la entrega incondicional, absoluta y enteramente filial, a la voluntad del Padre; "no se haga mi voluntad sino la tuya" (Mt 26,39). Aprendemos así que la oración es muy simple y serena, que la oración es entrar sencillamente en comunión con la voluntad adorable del Padre: "Sí, Padre, porque ésta ha sido tu voluntad" (Lc 10, 21).

La contemplación nos equilibra interiormente porque nos pone en contacto inmediato con Jesucristo "nuestra Paz" (Ef 2, 14), y por su Espíritu, que grita en nuestro silencio con gemidos inexpresables (Rm 8, 26), nos hace saborear los secretos del Padre. Nos hunde en la profundidad del amor; y el amor echa fuera el temor (1 Jn 4, 18).

Una de las experiencias más hondamente humanas es el miedo. Pero Jesucristo vino a librarnos del miedo; por eso El mismo se sujetó transitoriamente a la experiencia del miedo (Mc 14, 33).

Pero nos pidió que no tuviéramos miedo (Jn 14, 1 y 27). La experiencia del miedo es fundamentalmente buena, cristiana, propia de los pobres. Lo que no es cristiano es la angustia de un miedo que destruye y paraliza, que cierra a la comunicación de los hermanos y a la confianza sencilla en el Dios Padre.

Por eso el Evangelio de la salvación y de la gracia es una continua invitación de la serenidad, una permanente exhortación a que no tengamos miedo: la Anunciación (Lc 1, 30), el Nacimiento (Lc 2, 10), la Resurrección (Mt 28, 10). "No tengas miedo". "No tengan miedo".

V. Fortaleza y esperanza

"Nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido deramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado" (Rm 5, 3-5).

San Pablo siente, como Jesucristo, la gloria y fecundidad del sufrimiento. "Yo sólo me gloriaré en la cruz" (Gál 6, 14). Es la cruz, interna y externa, asumida con gozo por la Iglesia y el mundo: "ahora me alegro de poder sufrir por ustedes y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo, para bien de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1, 24). Esa misma dicha de sufrir por Cristo la desea de corazón a sus hijos a quienes pide que sigan siendo "dignos seguidores del Evangelio de Cristo... sin dejarse intimidar para nada por los adversarios. Dios les ha concedido la gracia, no solamente de creer en Cristo, sino también de sufrir por El" (Flp 1, 27-30).

Pero esta felicidad honda del sufrimiento se conecta con la firmeza de la esperanza. Y la esperanza, a su vez, toma su fuerza en el amor del Padre manifestado en Cristo Jesús (Rm 8, 39) y comunicado a cada uno por el Espíritu Santo que nos fue dado.

La esperanza exige fortaleza: para superar las dificultades, para asumir la cruz con alegría, para conservar la paz y contagiarla, para ir serenos al martirio.

Nunca ha sido virtud de los débiles o privilegio de los insensibles, ociosos o cobardes. La esperanza es fuerte, activa y creadora. La esperanza supone lo árduo, lo difícil, aunque posible (S. Tomás). No existe esperanza de lo fácil o evidente. "Cuando se ve lo que se espera, ya no se espera más, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? En cambio, si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con constancia" (Rm 8, 24-25).

Los tiempos difíciles exigen fortaleza. En dos sentidos: como firmeza, constancia, perseverancia, y como compromiso activo, audaz y creador. Para cambiar el mundo con el espíritu de las bienaventuranzas, para construirlo en la paz, hace falta la fortaleza del Espíritu. "Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre ustedes y serán mis testigos" (Act 1, 8). La primera condición para un testigo de la Pascua —es decir, de la esperanza— es la contemplación (haber visto y oído, haber palpado la Palabra de la Vida, 1 Jn 1, 1-5); la segunda es la cruz (ser hondamente incorporado a la muerte y resurrección del Señor, Rm 6, 3-6); la tercera es la fortaleza (la capacidad para ir prontos y alegres al martirio). —

En los tiempos difíciles hay una fácil tentación contra la esperanza: ponerse inútilmente a pensar en los tiempos idos o soñar pasivamente en que pase pronto la tormenta, sin que nosotros hagamos nada para crear los tiempos nuevos. La esperanza es una virtud esencialmente creadora; por eso cesará cuando, al final, todo esté hecho y acabado. El cielo será el reposo conseguido por la búsqueda de la fe, la constancia de la esperanza y la actividad del amor (1 Tes 1, 3). La felicidad eterna será eso: saborear en Dios para siempre la posesión de un Bien intuido por la fe, perseguido en la esperanza y alcanzado por el amor.

Pero la fortaleza no es poderío ni agresividad. Hay pueblos que no tienen nada, que esperan todo, y son inmensamente felices. Porque son providencialmente fuertes en el espíritu. Poseen a Dios y gustan en el silencio de la cruz su adorable presencia.

Para ser hombre de paz hay que ser fuerte: sólo los que poseen la fortaleza del Espíritu pueden convertirse en operadores de la paz (Mt 5, 5).

La fortaleza es necesaria para asumir la cruz con alegría, como el gran don del Padre, que prepara la fecundidad para los tiempos nuevos. Hay un modo de vivir la cruz con amargura, resentimiento o tristeza. Entonces la cruz nos despedaza. Pero la cruz es inevitable en nuestra vida y, para los cristianos, es condición esencial del seguimiento de Jesús. No fuimos hechos para la cruz, pero es necesario pasarla para poder entrar en la gloria (Lc 24, 26). Hay almas privilegiadas que sufren mucho; más todavía, su gran privilegio es la cruz, Los amigos, como en el caso de Job, quisieran evitársela. También Pedro, cuando no entiende el anuncio de la pasión (Mt 16, 22). O como en la crucifixión del Señor, los judíos quisieron verlo descender de la cruz para creer en El (Mt 27, 42). Hoy más vale creemos a un hombre que nos habla desde la cruz un lenguaje de alegría y de esperanza. Porque su testimonio nace de una profunda experiencia de Dios.

Un pueblo que sufre puede caer en la resignación pasiva y fatalista o en la agresividad de la violencia. Hay que armarlo entonces con la fortaleza del Espíritu para hacerlo entrar por el camino de la esperanza. Aunque parezca que la tierra prometida está muy lejos y que la esperanza de los Profetas —que anuncia castigos y exige conversión— sea una ilusión inútil. ¿Cómo puede hablarse de esperanza cuando tantos niños mueren cotidianamente de hambre, cuando tantos pueblos padecen miseria y opresión? ¿Cómo puede hablarse de esperanza cuando se multiplican las injusticias, las acusaciones falsas, los secuestros, las prisiones y las muertes? ¿Cómo puede hablarse de esperanza cuando la Iglesia es herida adentro y cuestionada la persona y autoridad del Papa y los Obispos?

Sin embargo, es entonces cuando los cristianos verdaderos tocan la esencia de su fidelidad a la Palabra, creen de veras en el Dios que nunca falla y arrancan del corazón de la cruz la esperanza que necesitan comunicar a sus hermanos. Los hombres tienen derecho a que nosotros esperemos contra toda esperanza, seamos constructores positivos de la paz, comunicadores de alegría y verdaderos profetas de esperanza.

Hay que prepararse para el martirio. Hubo un tiempo en que leíamos con veneración, como historia

que nos conmovía y alentaba, el relato de los mártires. Hoy, quien se decide a vivir a fondo el Evangelio, debe prepararse para el martirio. Lo peor es que, en muchos casos, se apedrea y se mata "en nombre de Jesucristo". Es el cumplimiento de la Palabra del Señor: "Les he dicho esto a fin de que no sucumban a la prueba... Llega la hora en que quien les mate tendrá el sentimiento de estar presentando un sacrificio a Dios. Se lo digo ahora a fin de que, cuando llegue el momento, se acuerden de que yo se los había ya dicho" (Jn 16, 1-4).

Para esta disponibilidad gozosa para el martirio hace falta sobre todo la fortaleza del Espíritu. Jesús prometió el Espíritu a sus Apóstoles para predicarlo "con potencia" —como fruto de una experiencia o contemplación palpable y sabrosa— y para ir gozosos al martirio.

Estamos en el puro corazón del Evangelio. Jesús fue rechazado por los suyos, perseguido y calumniado, encarcelado, crucificado y muerto. También los Apóstoles. Pero vivieron con alegría su participación en la cruz de Cristo y se prepararon con paz a su martirio. "Alegres por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre de Jesús" (Act 5, 41).

Pablo sigue predicando desde la cárcel; su gran título es éste: "yo, el prisionero de Cristo" (Ef 4, 1). Hay en los Hechos un pasaje hermosísimo, tierno y fuerte al mismo tiempo, que nos revela la honda y gozosa disponibilidad de Pablo para el martirio; es cuando se despide de los presbíteros de Efeso: "Miren que ahora yo, encadenado por el Espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones" (Act 20, 22-23). Pero Pablo se siente inmensamente feliz —es lo único que cuenta para él— con ser fiel al ministerio recibido de dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.

Hoy sufren martirio las personas, las comunidades cristianas y los pueblos. Hay una tentación fácil y peligrosa de politizar el Evangelio. Pero también hay un deseo evidente de acallar el Evangelio o de reducirlo a esquemas intemporales. Se acepta fácilmente un

Evangelio que proclama la venida de Jesús en el tiempo y anuncia su retorno, pero molesta el Evangelio que nos dice que Jesús sigue viviendo con nosotros hasta el final del mundo y nos exige cotidianamente compromisos de justicia, de caridad fraterna, de inmolación al Padre o de servicio a los hermanos. "La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, de ayudar a que esta liberación nazca, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea verdaderamente total. Todo esto no es extraño a la evangelización" (Evangelii nuntiandi, 30).

Todo lo que hace al compromiso evangélico del cristiano —glorificador del Padre, servidor de los hombres y constructor de la historia— es considerado como peligroso y subversivo. Y sin embargo, el Evangelio tiene algo que decir en todo esto y tiene que ser fermento de paz y salvación para el mundo concreto de la historia —orden económico y social, orden político— en que se mueven los hombres. Para ser fiel a la totalidad del Evangelio hace falta fortaleza.

Finalmente hay algo que exige particular fortaleza: es el equilibrio del Espíritu para los tiempos difíciles. Puede haber el riesgo de evadirnos en la indiferencia, la insensibilidad o el miedo. Puede haber también el riesgo de dejarnos arrastrar por la tormenta o por la euforia fácil del éxito inmediato. No querer cambiar nada, para no romper el orden o perder la unidad. O quererlo cambiar todo, desde afuera y enseguida.

Una de las características fundamentales —tal vez la primera, según el Concilio Vaticano II y Medellín— de los tiempos nuevos es el cambio. Cambios acelerados, profundos y universales. Precisamente por eso los tiempos nuevos resultan enseguida los tiempos difíciles. Cambiarlo todo desde adentro, con la luz de la Palabra y la acción del Espíritu, no es cosa fácil. El cambio no es una simple sustitución; mucho menos, la rápida destrucción de lo antiguo. El cambio es creación y crecimiento; es decir, desde la riqueza de lo antiguo, ir creando el presente y preparar el futuro.

Los tiempos difíciles pueden perder el equilibrio. Pero la falta de equilibrio agrava todavía más la dificultad de los tiempos nuevos. Porque se pierde la

serenidad interior, la capacidad contemplativa de ver lejos y la audacia creadora de los hombres del Espíritu cuando falta el equilibrio aumenta la pasividad del miedo o la agresividad de la violencia.

Los tiempos difíciles exigen hombres fuertes; es decir, que viven en la firmeza y perseverancia de la esperanza. Para ello hacen falta hombres pobres y contemplativos, totalmente desposeídos de la seguridad personal para confiar solamente en Dios, con una gran capacidad para descubrir cotidianamente el paso del Señor en la historia y para entregarse con alegría al servicio de los hombres en la constitución de un mundo más fraterno y más cristiano.

Es decir, hacen falta "hombres nuevos, capaces de saborear la cruz y contagiar el gozo de la resurrección, capaces de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos, capaces de experimentar la cercanía de Jesús y de contagiar al mundo la esperanza. Capaces de experimentar que "el Señor está cerca" (Flp 4,4), y por eso son imperturbablemente alegres, y de gritar a los hombres que "el Señor viene" (1 Cor 16,22), y por eso viven en la inquebrantable solidez de la esperanza.

Hombres que han experimentado a Dios en el desierto y han aprendido a saborear la cruz. Por eso ahora saben leer en la noche los signos de los tiempos, están decididos a dar la vida por sus amigos y, sobre todo, se sienten felices de sufrir por el Nombre de Jesús y de participar así hondamente en el misterio de su Pascua. Porque, en la fidelidad a la Palabra, han comprendido que los tiempos difíciles son los más providenciales y evangélicos y que es necesario vivirlos desde la profundidad de la contemplación y la serenidad de la cruz. De allí surge para el mundo la victoria de la fe (1 Jn 5,4), que se convierte para todos en fuente de paz, de alegría y de esperanza.

Conclusión

"Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer y sometido a la ley, a fin de rescatar a los que se hallan bajo la ley, a fin de que recibiéramos la filiación adoptiva" (Gál 4, 4-7).

La plenitud evangélica de los tiempos difíciles está marcada por la presencia de María "de la que nació Jesús, llamado Cristo" (Mt 1, 16). Cuando los tiempos difíciles irrumpieron en la historia por el pecado del hombre, María Santísima fue anunciada proféticamente (Gén 3, 15) como partícipe en la salvación del hombre. Cuando "la llena de gracia" (Lc 1, 28) dijo que Sí, los tiempos difíciles se convirtieron en tiempo de salvación. Siguió siendo difíciles —más marcados con la cruz que antes: "será signo de contradicción y una espada traspasará tu alma" (Lc 2, 34-45)—, pero no imposibles. Porque "para Dios nada hay imposible" (Lc 1, 37). Comenzó entonces el cambio de la tristeza en gozo, de la angustia en serenidad, de la desesperación en esperanza. Las tres frases del Angel de la Anunciación a María son significativas: "Alégrate", "No tengas miedo", "Para Dios nada es imposible". Continúa en la historia esta profunda invitación de Dios a la alegría, la serenidad y la esperanza.

¿Cómo serán los tiempos nuevos que el Espíritu ha reservado para nosotros? ¿Cómo serán los tiempos nuevos que nosotros mismos, como instrumentos del Espíritu, prepararemos para el futuro? Todo depende del plan de Dios, descubierto en la contemplación, aceptado en la pobreza y realizado en la fortaleza de la disponibilidad.

María nos acompaña. Ciertamente son momentos duros y difíciles, pero claramente providenciales y fecundos, adorablemente momentos de gracia extraordinaria. Humanamente absurdos e imposibles. Pero lo imposible para el hombre se hace posible en Dios. Así lo aseguró Jesús: "Para los hombres, esto es imposible, pero para Dios todo es posible" (Mt 19, 26). Así se lo manifestó el Señor a Abraham

(Gen. 18, 14) y lo repitió el Angel a María (Lc 1, 37). Así también lo comprendió Job, en la fecunda experiencia del dolor, y lo manifestó en su última respuesta al Señor: "Sé que eres todopoderoso y que ningún plan es irrealizable para ti" (Job 42, 2).

Sólo hace falta que vivamos en la esperanza; por eso mismo en la pobreza, la contemplación y la fortaleza del Espíritu. Más concretamente aún, en la humildad, gozosa y total disponibilidad de María, la Virgen fiel, que dijo al Padre que Sí y cambió la historia. Por eso ahora —alumbrada por el Espíritu y Madre del Salvador— es para nosotros Causa de la alegría y Madre de la Santa Esperanza.

En María y con María, la Iglesia —que acoge en la pobreza la Palabra de Dios y la realiza (Lc 11, 28)— vive silenciosa y fuerte al pie de la cruz pascual de Jesús (Jn 19, 25) y canta felicísima la fidelidad de un Dios que siempre sigue obrando maravillas en la pequeñez de su servidores.

Y espera en vigilia de oración al Señor que llega (Mt 25, 6). "Sí, pronto vendré". ¡Amén! "¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 20).

SEGUNDA PARTE

**TESTIGOS Y COMUNICADORES
DE CRISTO RESUCITADO**

“Sed alegres en la esperanza, constantes en la tribulación, perseverantes en la oración” (Rm 12, 9-12).

Comunicadores de la alegría pascual

Porque es una existencia radicalmente consagrada al reino, la vida religiosa es esencialmente un anuncio profético de esperanza y una comunicación sencilla de alegría pascual. La vida religiosa es una experiencia cotidiana de la resurrección de Jesús. Los jóvenes se sienten atraídos por una vida profunda y austera, vivida en la alegría desbordante de la comunión fraterna y comprometida en el servicio de esperanza a los hermanos.

Quizá sea esto lo que más convenza a las generaciones nuevas: *comunicar la alegría y engendrar en los hombres la esperanza*. San Pablo lo ubica todo en un contexto de caridad *“Vuestra caridad sea sin fingimiento. Sed alegres en la esperanza, constantes en la tribulación, perseverantes en la oración” (Rm 12, 9-12)*. Alegría del amor sincero, de la esperanza probada, de la oración continua.

Es la alegría *de la donación total* al reino. La alegría de los sencillos, a quienes el Padre revela los secretos escondidos a los sabios y prudentes (Lc 10, 21). La alegría *de los pobres* y pacientes, de los que sufren y tienen hambre de justicia, de los misericordiosos y limpios de corazón, de los que trabajan por la paz y son perseguidos por causa de la justicia (Mt 5, 3-10).

Es la *felicidad profunda del reino*, reservada a las almas que han comprometido generosamente su vida en la *fidelidad absoluta a la Palabra* (Lc 1, 45; 11, 27), y cuya existencia es un *“inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sino en el espíritu de las Bienaventuranzas” (Lumen gentium, 31)*.

Los que poseen el reino y lo testifican son felices. Porque poseen a Dios, lo manifiestan y lo comunican. Pero sólo los pobres y limpios de corazón, los que viven de cara a Dios y a los hermanos, *los que se nutren de la contemplación de la cruz*, pueden saborear esta felicidad y transmitirla.

Por eso las almas hondas —las que, como María, viven silenciosas al pie de la cruz— son imperturbablemente serenas y comunicadoras de una alegría profunda, equilibrada y contagiosa.

Es, en definitiva, la alegría de la salvación que se anuncia, en la llegada del reino, a María: "Alégrate, la llena de gracia, el Señor está contigo (Lc 1, 28).

Testigos de Cristo muerto y resucitado

El Evangelio —porque es la Buena Noticia de la salvación— es una invitación a la alegría: "Os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2, 10-11). Porque la vida religiosa es un testimonio profético de la salvación y una radical entrega al Evangelio, por eso es esencialmente un anuncio y comunicación de alegría. Con tal que se viva, repetimos, *en la profundidad del silencio y en la fecundidad serena de la cruz*.

A veces falta en la vida consagrada el testimonio pascual de la resurrección de Jesús. Se busca con angustia la identidad de la vida religiosa. Es un modo de expresar la angustia de las mujeres del sepulcro: "Se han llevado al Señor y no sabemos dónde lo han puesto" (Jn 20, 2). O el pesimismo y la tristeza de los discípulos de Emaús: "Nosotros esperábamos que El fuera el liberador de Israel" (Lc 24, 21).

Se vive, con frecuencia, en las comunidades un vacío: el del Cristo resucitado. Falta también la experiencia gozosa del Espíritu del amor. Pareciera que la consagración religiosa no ha logrado infundir todavía una mayor conciencia de la filiación adoptiva, de la fraternidad universal, de la presencia transformadora del Cristo de la Pascua. "Hemos perdido al Señor".

En algunos casos para sustituir la ausencia del "Cristo crucificado", hemos ido a beber en "cisternas rotas" (Jer 2, 13), con lo cual, en poco tiempo aumentó la amargura, la desorientación y el desaliento. *Se han perdido muchas vocaciones —se ha cerrado el camino a vocaciones estupendas— porque se ha perdido la alegría de la cruz y la esperanza en el Resucitado*. O nuestra vida consagrada es una experiencia y un testimonio de que "hemos encontrado al Mesías (Cristo)" (Jn 1, 41), o somos "los más desgraciados de los hombres" (1 Cor 15, 19).

Una comunidad que vive hondamente al Cristo anónimo —un Cristo pobre y crucificado, un Cristo en oración y glorificador del Padre— es una comunidad que irradia la alegría invencible de la Pascua. Y es un signo de credibilidad. Porque testimonia la presencia clara y transformadora de Jesucristo, Hijo de Dios y Señor de la historia, y la acción vivificadora del Espíritu Santo que es espíritu de comunión. El signo más legible de una comunidad auténtica, que vive en la sinceridad del amor y en la profundidad de la oración, es la alegría.

La alegría es fruto interno de la caridad. Cuanto más intensa es la inmolación al Padre en la consagración religiosa —cuanto más definitivo es el seguimiento de Cristo— y cuanto más verdadera y simple es la entrega en el servicio a los hermanos, tanto más se transparenta y comunica el gozo de la Pascua en una comunidad religiosa.

Discípulos fieles de un Dios fiel

La alegría de la vida consagrada supone todavía dos cosas: tener certeza de la fidelidad de Dios y clara conciencia de la propia identidad.

Si no sabemos qué somos en la Iglesia —si perdemos nuestra fisonomía para confundirnos con los otros o añoramos carismas y misiones diferentes— viviremos en la angustia y la tristeza. Habremos perdido el gozo irremplazable de lo nuestro (el gozo, quizás, de lo sencillo del niño que ofrece su ingenui-

dad para desarmar la preocupación y la tristeza de los grandes).

Buscamos modos de realización personal por caminos que no son específica y providencialmente los nuestros. Y entonces no seremos nunca felices. Porque nuestro modo de realizarnos en plenitud —como cristianos y religiosos— es nuestra definitiva opción por Jesucristo crucificado. Y es el único lenguaje de salvación que todavía hoy —quizá principalmente hoy— espera el mundo de los religiosos. Aunque en algunos momentos puede parecerse a nosotros mismos “escándalo y locura” (1 Cor 1, 18-25).

Hemos de buscar adentro, muy hondamente la fidelidad de Dios a sus promesas “Dios, que nos ha llamado, es fiel y El lo hará” (1 Tes 5, 24).

Puede metérsenos en el corazón la tristeza de algo que habíamos deseado y que nunca alcanzaremos. Porque no es el bien de Dios para nosotros; o al menos no es su hora. Puede contagiársenos el pesimismo de un cambio que esperábamos, de una renovación en la comunidad o el instituto, que nos parecía urgente y que vemos humanamente irrealizable. Podemos sentir el dolor y la tristeza por la división absurda de una congregación o por el éxodo casi masivo de elementos jóvenes y valiosos. Podemos, también sentir el hambre y la miseria, el abandono y la marginación, la injusticia y la soledad de tantos hermanos nuestros que sufren. ¡Cuántos motivos para quitarnos la alegría o apagar el dinamismo de la esperanza!

Sin embargo, más que nunca, si queremos ser fieles discípulos del reino y auténticos servidores de los hombres, tenemos que abrazarnos alocadamente a la cruz y arrancar de allí —de su sabiduría y su fuerza— el testimonio pascual de una alegría y una esperanza que los hombres tienen derecho a reclamarnos porque Cristo resucitó y nosotros somos los profesionales de su reino de verdad y de justicia, de santidad y de gracia, de amor y de paz. Nuestro grito debe ser éste: “Hemos visto al Señor y nos ha dicho tales cosas” (Jn 20, 18). “Es verdad: ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón” (Lc 24, 34).

En síntesis, la alegría de la vida religiosa es la alegría de una experiencia fuerte de Dios que tiende a comunicarse a los hermanos. Es la alegría del Espíri-

tu (Gál 5, 22) que nos introduce hondamente en la verdad de Jesucristo (Jn 16, 13) y nos hace saborear en la oración el encuentro silencioso con el Padre “que está en lo secreto” (Mt 6, 6), nos comunica el gozo del sufrimiento (Col 1, 24) y la gloria exclusiva de la cruz (Gál 6, 14).

Es la alegría de la Palabra recibida, “aun en medio de muchas dificultades, en el gozo del Espíritu Santo” (1 Tes 1, 7) y anunciada a los hombres, por el testimonio de la vida, como “una carta de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios viviente, no en tablas de piedra, sino en corazones de carne” (2 Cor 3, 3). Es la alegría de “la caridad perfecta” que nos hace vivir exclusivamente “para Dios, en Cristo Jesús (Rm 6, 11) y en humilde actitud de servicio hasta dar la vida por los hermanos (Jn 15, 12)

Es la alegría del amor hecho ofrenda y donación en la vida consagrada. Es la alegría del Espíritu que habita en nosotros para la contemplación, nos reviste con su fuerza para el testimonio profético, nos impulsa con su dinamismo en fuego para la misión apostólica.

Profetas que anuncian la esperanza

Falta todavía algo, más explícita y concretamente, sobre la esperanza pascual como exigencia y signo de una vida religiosa renovada en el Espíritu.

Toda vida consagrada —toda comunidad religiosa— es un grito profético de esperanza. Esto es más necesario que nunca en el mundo oscurecido y quebrado en que vivimos. Una vida exclusiva y radicalmente entregada al Evangelio necesariamente anuncia que la salvación llegó, que el reino de Dios ya está en medio de nosotros, que Jesús resucitó y es el Señor de la historia, que vivimos “aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador, Cristo Jesús” (Tit 2, 13).

Hay algo en el proceso de renovación de la vida religiosa que es preciso tener en cuenta y gritar al mundo, es la esperanza. Este es un punto de encuen-

tro indispensable con las generaciones jóvenes. Antes los jóvenes aguardaban simplemente el futuro; ahora lo prepararan y realizan ya en el presente. Por eso el presente —desde la perspectiva de la Iglesia en general, y de la vida religiosa en especial— tiene que estar tan cargado de la fecundidad de la esperanza.

¿Qué entendemos por “esperanza” cuando hablamos de renovación de la vida religiosa? Porque hoy los jóvenes no aguantan la espera pasiva de una comunidad que aguarda simplemente “la venida del Señor”. Esto es esencial y actualísimo. “El Señor viene” (1 Cor 16, 22). Es el grito esperanzado de la comunidad cristiana: “Ven, Señor Jesús” (Ap 22, 20). Es, también, la aspiración anhelante y dolorosa de la creación entera, liberada en esperanza, que espera ansiosamente la manifestación de la gloria de Dios en la redención de nuestros cuerpos, en la plenitud consumada de nuestra adopción final (Rm 8, 19-24).

Pero no basta. La esperanza es algo más. Y los jóvenes tienen ansias de algo más pleno y dinámico.

La vida religiosa tiene que expresar claramente estos tres aspectos de la esperanza cristiana; la búsqueda de lo definitivo (tensión escatológica), el compromiso cotidiano con la historia y la seguridad en el Cristo resucitado.

Una vida religiosa es siempre un anuncio y una profecía: un anuncio del reino ya iniciado y una anticipación del reino consumado. Por eso la vida religiosa —en la totalidad de sus signos y palabras, en la existencia personal o en la vida comunitaria— tiene que anunciar la vida eterna y proclamarla. Tiene que meter en el corazón de los hombres y los pueblos el sentido y el deseo de lo eterno. “No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura” (Hb 13, 14).

Hay algo en la existencia personal de los religiosos y en el estilo de vida de sus comunidades que es una apremiante invitación a lo definitivamente consumado. Aun enseñándoles a los hombres a amar la vida, transformar el mundo y realizar la historia, la vida religiosa es esencialmente un llamado a la interioridad y a la trascendencia: “Si habéis resucitado con Cristo, buscad lo de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; estad centrados arriba, no en la tie-

rra. Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; cuando se manifieste Cristo, que es vuestra vida, os manifestaréis también vosotros con El en la gloria” (Col 3, 1-4).

Las comunidades auténticamente renovadas, por comprender profundamente el misterio del hombre y su historia, anticipan el reino consumado y anuncian proféticamente “los cielos nuevos y la tierra nueva donde habitará la justicia” (2 Pe 3, 13).

Pero la esperanza cristiana es esencialmente activa y creadora. Supone, también en los religiosos y sobre todo en ellos, un compromiso concreto con la historia. También valen para ellos las palabras del Concilio: “la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio” (*Gaudium et spes*, 21).

Surge aquí el problema del compromiso socio-económico y político de los religiosos. Es decir, su ubicación en la historia, su participación activa en la transformación del mundo y en la creación de una sociedad nueva, su solidaridad con los que sufren y luchan, mueren y esperan. Sólo desde el interior de la esperanza cristiana, concebida como dinamismo de una fe que desemboca en la caridad, se ubica bien el compromiso de los religiosos y su presencia evangélica en el mundo. Seguirán siendo exclusivamente testigos de lo absoluto de Dios, signos de su santidad y profetas del reino consumado. Habrá que evitar los dos extremos: evadirse de la historia o identificarse simplemente con el mundo.

¿Cómo hacer para compartir plenamente la suerte de los hombres —la vida de los pueblos— sin perder “lo original” del cristianismo ni “lo específico” de la vida religiosa? Sólo es posible desde el interior de una esperanza que, por una parte, pone a los hombres en camino y, por otra, les manda cultivar la tierra. Es decir, les recuerda que “somos ciudadanos del cielo y esperamos ardientemente que venga de allí como Salvador el Señor Jesucristo” (Flp 3, 20); pero al mismo tiempo les prohíbe que permanezcan exclusivamente “mirando al cielo” (Act 1, 11) y los manda a que “vayan por todo el mundo, anunciando a todos los hombres la alegre noticia de la salvación” (Mt 16, 15).

La vida religiosa no puede permanecer extraña a la historia de los hombres. Ante todo porque forma parte activa de esa misma historia. Pero, además, porque tiene que entregarle la fecundidad transformadora de las bienaventuranzas evangélicas. Pero entonces quiere decir que sólo es posible una inserción real en el mundo, un compromiso verdadero con la realidad socio-económica y política de los hombres, desde la plenitud interior del misterio pascual. Es decir, desde el dinamismo de la esperanza. Sólo quien ha aprendido a renunciarse totalmente en Cristo y a morir, es capaz de servir plenamente a sus hermanos y de resucitar en ellos como un don que da la vida, les comunica libertad y paz, los consolida en la justicia y el amor. El total seguimiento de Cristo en la vida religiosa obliga "a despertar las conciencias frente al drama de la miseria y a las exigencias de justicia social del Evangelio y de la Iglesia" (*Evangelica testificatio*, 18).

Para ello, la esperanza tiene que ser una inquebrantable seguridad en la presencia de Cristo resucitado. Creer en la resurrección de Jesús no es simplemente celebrar un acontecimiento que nos dio la vida. Es, sobre todo, tener experiencia de que Cristo vive, sigue haciendo el camino con nosotros y es el Señor de la historia.

En este sentido la vida religiosa es la fuerte afirmación de la llegada de Jesús y su presencia, de la acción vivificadora del Espíritu Santo en la construcción progresiva del reino que ha de ser entregado al Padre, de la seguridad que da el saber que somos un pueblo que solidariamente camina "entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor hasta que venga" (*Lumen gentium*, 8).

La esperanza es, por eso, confianza en Dios "para quien nada es imposible" (Lc 1, 27). Es infalible certeza en "el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor" (Rm 8, 39). Es en definitiva, un acto de fe en la fidelidad del Padre, en la obra redentora del Hijo, en la comunicación santificadora del Espíritu Santo.

La renovación de la vida religiosa —esperada por los hombres, impulsada por la Iglesia y exigida por el Espíritu— se realiza siempre en la novedad pascual de la inserción progresiva en la muerte y resurrección del Señor (Rm 6, 4). Supone un continuo proceso de conversión. Exige vivir a fondo la cruz y la contemplación, estar atentos a las llamadas cotidianamente nuevas del Señor y ser generosamente fieles a su Palabra, formar comunidades orantes, fraternas y misioneras, servir a los hombres y compartir sus sufrimientos, expresar al Señor en la sencillez y la alegría, gritar a todo el mundo la esperanza.

Todo lo cual significa hacer juntos la Iglesia de la Pascua. Es decir, la Iglesia de la *Kénosis*: la Iglesia de la pobreza y el servicio, de la contemplación y la palabra, de la cruz y la esperanza. La Iglesia comunión. La Iglesia misión. La Iglesia sacramento de Cristo pascual: "Cristo en medio de vosotros esperanza de la gloria" (Col 1, 27).

En el interior de esta Iglesia de la Pascua vivimos el don del Espíritu en la vida religiosa. Más que nunca experimentamos el gozo de su presencia y la fecundidad de su misión. Los jóvenes miran con esperanza: desean algo nuevo que los interprete en su hambre de inmolación total, de auténtica vida de comunión de profundidad contemplativa, de donación sincera, sencilla y alegre.

Por allí —por los caminos del Espíritu que son los verdaderos caminos del Cristo de la Pascua— va la auténtica renovación de la vida religiosa. Buscamos con dolor sus fórmulas. Quizá las encontremos si somos más humildes y sinceros, si oramos más y con mayor confianza, si nos abrimos al Padre y al hermano con más hambre de verdad y menos seguridad de nuestros talentos.

Que María Santísima, la humilde servidora del Señor, nos haga a todos más fieles y felices (Lc 1, 45). Que nos enseñe el gozo de la contemplación (Lc 2, 19-51), y la fortaleza de la cruz (Jn 19, 25). Que nos prepare en la oración y la comunión para el dinamismo misionero del Espíritu (Act 1, 14) Que cante en

nosotros al Padre el cántico de los pobres: "se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la pequeñez de su servidora" (Lc 1, 47-48). Pero, sobre todo, que a las almas consagradas les abra el camino de la novedad pascual en Jesucristo, les comuníque la alegría honda de la fidelidad al Padre (Lc 28) y les enseñe que no hay otro modo de satisfacer la esperanza de los jóvenes, cambiar la historia y sintetizar todas las cosas en Cristo (Ef 1, 10), que es realizar con alegría lo siguiente: "Haced lo que El os diga" (Jn 2,5). Será esta, sin duda, la esperanza de los jóvenes. Hubo en efecto, una joven que en la plenitud de los tiempos, sintió el ansia de los pueblos y el amor del Padre, creyó en El y se consagró a su plan de salvación. Su fidelidad cambió la historia. Es, por eso, "Causa de nuestra alegría" y Madre de la santa esperanza". Su "nombre era María" (Lc 1, 27).

TERCERA PARTE

MARIA "SIGNO" DE LA PASCUA, MODELO DE LOS CONSAGRADOS

"Apareció en el cielo una magnífica señal: una mujer envuelta en el sol, con la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas" (Ap 12, 1).

!Qué importante en la vida es ser signo! Pero no un signo vacío o de muerte, sino un signo de luz comunicador de esperanza. El mundo de hoy necesita de estos signos: presencia y comunicación del Cristo de la Pascua. Por eso es importante brillar "como lumbreras del mundo portadoras de la Palabra de vida" (Flp 2, 15-16).

La Asunción de María —¡Pascua de Nuestra Señora!— nos pone otra vez ante el tema de la novedad pascual y de la esperanza. "La Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que había de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor" (*Lumen gentium*, 68).

Estas reflexiones son válidas para toda existencia cristiana. Pero, al escribirlas, yo pienso particularmente en la vida consagrada: ella constituye en la Iglesia una especial manifestación de la novedad pascual y un signo del reino ya presente en la historia, y que será consumado cuando Jesús vuelva. Por eso, una serena y permanente invitación a la esperanza.

La Asunción es en María lo que la Pascua en el misterio de Jesús: consumación de la obra redentora, configuración de su cuerpo frágil en el cuerpo glorioso del Señor, plenitud del misterio comenzado en Ella en la Concepción Inmaculada. El centro del misterio de María es la Encarnación en Ella del Verbo de Dios. Pero la culminación es su Pascua en la Asunción. Por eso la Asunción, como la Pascua en Cristo, es la fiesta de la plenitud: plenitud de la fidelidad gozosa y agradecida, plenitud de la nueva creación, plenitud de esperanza cierta y de consuelo.

1. Plenitud del Sí y del "Magnificat"

Toda la vida de María fue un Sí al Padre y un *Magnificat*. Hubo momentos fuertes en el gozo de su entrega: la Anunciación, la Cruz, Pentecostés. Pero lo verdaderamente grande en Ella fue la fidelidad cotidiana al plan del Padre, su radical entrega al Evangelio, vivido con sencillez y alegría de corazón. Su pobreza fue, ante todo, conciencia serena de su condición de servidora, hambre de la Palabra de Dios y de su reino, inmovible seguridad en Aquel para Quien nada es imposible, pronta disponibilidad para el servicio.

La vida de María fue simple. Y sin embargo, indudablemente, su Sí cambió la historia, y su *Magnificat* hizo desbordar sobre el mundo la alegría de la redención. Hoy hemos complicado innecesariamente las cosas (aun dentro de la Iglesia y en el interior de las comunidades religiosas). Se dirá que "los tiempos han cambiado". Es cierto. Pero no olvidemos que también nosotros —siendo fieles a nuestra identidad específica y viviendo a fondo la novedad en el Espíritu— tenemos que ir cambiando las cosas y haciendo nuevos tiempos. A cada uno le toca escribir una página inédita, totalmente suya, en la historia de la salvación. Con frecuencia perdemos el tiempo en ver cómo la escriben los otros o, peor aún, en juzgar cómo y por qué la escribieron mal. Y nosotros, entre tanto, dejamos de escribir la nuestra. En definitiva, lo esencial no es saber qué pasa en la historia, sino en discernir por dónde pasa el Señor y qué quiere de nosotros.

La vida no se nos dio para guardarla. Se nos dio para la gloria del Padre y el servicio a los hermanos. Sólo así seremos capaces de ganarla (*Mc 8, 35*). Esto exige de nosotros que vivamos, con sencillez y alegría de corazón" (*Act 2, 46*), nuestro *Fiat* cotidiano: a la voluntad del Padre y a la expectativa de los hombres al silencio de la contemplación, a la fecundidad de la cruz, a la alegría de la caridad fraterna.

Esto es válido para todo bautizado. Pero es, sobre todo, exigencia de Dios para los consagrados. La grandeza de un hombre no se mide por la brillantez de sus obras, sino por la permanente y oculta fidelidad a su misión, a la palabra recibida y empeñada. María

fue feliz porque dijo que Sí (*Lc 1,45*). La verdadera felicidad está en escuchar la Palabra de Dios y en practicarla, como María (*Lc 10, 28*).

La Asunción es el último Sí de Nuestra Señora: "Me voy al Padre" (*Jn 16, 28*). Y es el signo más grande de que Dios "miró con bondad la pequeñez de su servidora" (*Lc 1, 48*). Por eso la Asunción es la fiesta de la plenitud simultánea del *Fiat* y del *Magnificat*.

2. Imagen de la creación nueva

Con el Sí de María se da comienzo a los tiempos últimos y definitivos (*Heb 1, 2*). El Sí de Nuestra Señora marca, en el plan del Padre, la plenitud de los tiempos (*Gál 4, 4*).

Por la acción fecunda del Espíritu Santo que desciende sobre Ella (*Lc 1, 35*), comienza "la nueva creación" (*Gál 6, 15*). María es así imagen y principio de la creación nueva: "María, de la cual nació Jesús, que es llamado Cristo" (*Mt 1, 16*). Por eso es "imagen y principio de la Iglesia" (*Lumen gentium, 68*).

Hay como tres momentos privilegiados, en la historia de María, de esta nueva creación. El primero es su Concepción Inmaculada: María es "como plasmada y hecha una nueva creatura por el Espíritu Santo" (*Lumen gentium, 56*). El segundo es la Anunciación: al aceptar el mensaje divino, María se convierte en Madre de Jesús —el Hombre Nuevo, el Salvador, el que quita el pecado del mundo— y se consagra totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra redentora de su Hijo (*Lumen gentium, 56*). El tercero es la Asunción: "La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial, y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de los señores y vencedor del pecado y de la muerte" (*Lumen gentium, 59*).

La Asunción de María es la manifestación de la obra redentora de Jesús y el signo de la victoria definitiva sobre el reino del pecado y de la muerte. Es un signo de la libertad total.

La vida consagrada es, también, un signo de la nueva creación. Y un anticipo de su consumación definitiva. Con tal que se la viva en plenitud como seguimiento radical de Jesucristo y en el gozo sereno de la inmolación al Padre y el servicio a los hermanos. Es el sentido hondo de la consagración: una ofrenda total con sabor a cruz. La novedad pascual del bautismo se hace particularmente transparente y densa en la vida consagrada. La vida consagrada es un testimonio claro y entusiasta de la Pascua. Por eso, su sola presencia en el mundo es siempre un anuncio y una profecía: proclama que Jesús ya vino y vive, y anticipa en el tiempo la serenidad y el gozo del reino consumado.

El corazón de esta creación nueva es el amor. Su fuente es la cruz. Su expresión, la alegría. Por eso es absurdo una vida consagrada triste. Sería como una existencia sin Pascua. Precisamente el misterio de la Asunción de María nos asegura que la Pascua ha pasado en su totalidad a los cristianos. Es decir, que la cruz es necesaria para poder entrar en la gloria (*Lc 24, 26*). Pero que es verdad: nuestro cuerpo frágil será revestido de inmortalidad (*1 Cor 15, 53*).

Esta creación nueva se da siempre en el Espíritu. En la medida en que nos dejemos conducir por El. En la medida en que lo dejemos a El que grite en nosotros al Padre. Es decir, en la medida de nuestra profundidad contemplativa, de nuestro amor a la cruz y de nuestra permanente fidelidad a la voluntad del Padre. Un signo claro de esta vida nueva en el Espíritu es el equilibrio interior y una inagotable capacidad de estar alegres. También son un signo muy claro de esta novedad pascual la experiencia de una paz muy honda (es, en el fondo, la experiencia de Dios que habita en nosotros) y la permanente disponibilidad para interpretar, acoger y servir a los hermanos.

Todo bautizado instala en el tiempo la vida eterna (es la teología de San Juan y Santo Tomás de Aquino). Pero la vida consagrada es un grito profético de que el reino de Dios ha llegado a nosotros. Por eso despierta siempre hambre de eternidad: "Ven, Señor Jesús (*Ap 22, 20*). Es el grito de esperanza de la creación entera que suspira por la liberación definitiva en

la perfecta adopción filial y en la plena manifestación de la gloria de Dios (*Rm 8, 18-25*).

3. Signo de esperanza cierta

Hay momentos en la vida en que nos hace particularmente falta que alguien nos recuerde lo que ya sabemos. Por ejemplo, que Dios es Padre y nos ama, que debemos amarnos con sinceridad, que resucitó Cristo nuestra esperanza. Nos damos cuenta así que el cristianismo es simple y que por eso los simples lo entienden tan bien y tan rápidamente. Nos damos cuenta, también, que cuando el cristianismo es vivido con intensidad, hace muy simples a los hombres. Si lo sentimos complicado es porque todavía no lo hemos descubierto o no nos hemos atrevido a vivirlo con intensidad serena. Un signo de que se vive en plenitud el amor es la sencillez.

La Asunción de María nos abre el camino para la esperanza. ¡Qué necesaria es en estos momentos! Estamos viviendo en un mundo prematuramente envejecido. Y es que tenemos motivos reales para preocuparnos y estar tristes: las cosas no andan en el mundo, en la Iglesia, en las comunidades religiosas. Pero hay un motivo de fondo —el único— para estar alegres y no perder nunca la esperanza: resucitó Cristo y prolonga entre nosotros su Pascua hasta el final de los tiempos.

El misterio de la Asunción de María es un llamado a la esperanza. Allí llegaremos un día también nosotros. Simplemente nos precedió la Madre. Pero vamos avanzando, en este valle de lágrimas, juntamente con Ella. La Asunción es un signo de lo que quiere hacer Cristo con cada uno de nosotros, con toda la Iglesia, con la humanidad entera: transformarnos completamente en la fecundidad y esquema de su Pascua.

Instalarse en el tiempo es pecar contra la esperanza. Porque estamos hechos para la vida eterna. No tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la futura (*Heb 13, 14*). Nuestra verdadera patria está en los cielos (*Flp 3, 20*). Allí se dará la alegría superplena (*Mt 25, 11*). Entre tanto, vivimos "aguar-

dando la feliz esperanza" (*Tit 2, 13*). Nuestra actitud fundamental, como peregrinos, no es simplemente añorar los bienes eternos y despreciar o desconocer los bienes del tiempo y sus cosas, sino vivir en estado de vigilia, es decir, en actitud de oración, practicando la caridad y haciendo fructificar nuestros talentos. En espera ardiente y activa del Señor que llega. Cuando nos viene la tentación de acostumbrarnos al tiempo o de dormirnos, hay alguien —el Espíritu de Dios que habita en nosotros— que nos grita adentro: "Ya viene el Señor" (*Mt 25, 6*). O también: "El Maestro está aquí y te llama" (*Jn 11, 28*).

Esperar no es simplemente aguardar. Es esencialmente caminar hacia el encuentro con el Señor construyendo cada día el reino y escribiendo cada día una página nueva de la historia de los hombres. Esperar es estar seguros de que Jesús vive y, por eso mismo, caminar juntos hacia el gozo del encuentro definitivo ("estaremos siempre con el Señor", *1 Tes 4, 17*), siendo cotidianamente fieles a nuestra misión y esforzándonos por cambiar el mundo según el esquema del Evangelio.

Toda existencia cristiana, porque es una experiencia pascual, es un grito de esperanza: "resucitó Cristo, mi esperanza" (*Sec. de Pascua*). Pero lo es, de modo particular, la vida consagrada. La esencia misma de la vida consagrada —despojo de todo para seguir radicalmente a Cristo crucificado— es una proclamación profética de la esperanza: sólo cuenta Cristo. "Por El, he sacrificado todas las cosas, a las que considero como basura, con tal de ganar a Cristo y estar unido a El" (*Flp 3, 8-9*).

Para los tiempos nuestros —de excesiva euforia por los bienes temporales o de trágico cansancio y pesimismo ante los problemas de los hombres— cuánta falta nos hace la esperanza. Y qué bien nos hace pensar en el misterio de la Asunción de María —Pascua de Nuestra Señora— como "signo de esperanza".

Esta es la fiesta de la plenitud del gozo. Por eso es la fiesta, por antonomasia, del *Magnificat* (la liturgia lo recoge en el Evangelio del día). Porque es la fiesta de la plenitud del Sí (y el Sí hizo fundamentalmente feliz a Nuestra Señora, *Lc 1, 45*). Es la fiesta

de la nueva creación y la celebración de la esperanza que no falla (*Rm 5, 5*). Porque el amor de Dios ha llegado a su plenitud en la pobreza y fidelidad de María en su Asunción. Porque es la Pascua de Nuestra Señora.